

malismo que les ayuda para llevar á cabo pesquisas como esta. Apenas habíamos tenido tiempo para llevar el cuerpo de M. Shaw hasta la cabafia, después de habernos cerciorado de que estaba bien muerto, cuando el llamamiento de Billy nos advirtió que había realmente encontrado al hombre. Nos le reunimos y lo encontramos acurrucado junto al cuerpo del desgraciado á quien apuntó perfectamente. La bala había entrado entre las espaldillas y había salido sesgando el pecho. El asesino arrojaba sangre á bocanadas é iba á morir. Sin embargo, tuvo bastante fuerza cuando estuve junto á él, para mirarme con mirada de desprecio y de odio, que tendré presente toda mi vida, y para decirme:

—“Ha vengado usted á un traidor....”

.....
—“¿Y usted nunca ha sabido algo más sobre esa traición?” pregunté á mi vez, viendo que el narrador callaba.

—“Nunca,” me respondió. “Enterramos á los dos cadáveres, uno al lado del otro y eso fué todo. Ah! me olvidaba: en la misma noche la casa de M. Shaw fué incendiada por manos desconocidas. Sus criados huyeron. Aquellos á quienes se pudo arrestar al día siguiente, declararon que habían sido atacados por varios hombres enmascarados. Pero eran negros y, ¿cómo podía saberse por ellos la verdad? A ocasiones son valientes, pero á veces basta un solo hombre blanco para hacer huir á veinte. En algunas ocasiones son fieles y en otras por un *dollar* dejan asesinar á usted sin voltearse! Me falta agregar un detalle cuyo análogo encontrará usted en todos los atentados agrarios en Irlanda: todos los animales del traidor, diez puercos, cuatro vacas y un caballo, tenían las ventanas de la nariz y una pata cortadas....”

XI. EL REGRESO.

En la mar á bordo del.... Abril de 1894.

.... Quince días más en Nueva York para clasificar mis notas, comprobar algunas, volver á mirar cosas ya vistas antes, conversar con personas conocidas ya, y por último para decir adiós, no sin melancolía, á esa tierra llena de atractivo, pues se respira en ella, en todos los instantes, el aire de la libertad,—y héme aquí otra vez sobre el Atlántico á bordo de un *paquebot* que en esta ocasión es inglés y de mayor andar que aquel en que pasé la mar—*crossed the pond*, como dicen familiarmente los yankees,—cuando vine en Agosto del año pasado. Dejamos á Nueva York el sábado en la mañana, hoy es miércoles; mañana jueves estaremos en Queenstown, en Irlanda y pasado mañana, viernes, llegaremos á Liverpool. Cuando luchan unos con otros los anglosajones, la fuerza de su competencia no conoce imposibles. El otro navío aforaba 11,500 toneladas, este afora 13,000. Las máquinas del otro tenían una fuerza de 20,000 caballos de vapor, las de este tienen una potencia de 30,000. El primero tenía una longitud de 580 piés, la de éste es de 620. Y así como en aquel estaba uno en plena América, así también en este se está ya en la Inglaterra. Se reconoce en veinte signos insignificantes: en la política y en la exactitud del servicio, en el aspecto algo sombrío y pesado de los salones, que no ostentan la fastuosidad bri-

llante de la felpa y del níquel; en la economía del servicio de mesa, en la que no se aglomeran ya los innumerables platos de la cocina americana. Pero cuando regresa uno de un largo viaje ya no está de humor para complacerse en observaciones de este género. La cosecha de exotismo se ha concluido y aun creo que no me acordaría de nada de lo pasado en esos cinco días de vertiginosa carrera sobre ese Océano conmovido sin descanso por eterna oleada, si veinticuatro horas después de nuestra partida no hubiera muerto á bordo un Irlandés, á consecuencia de un furioso acceso de alcoholismo.

Era un hermoso muchacho de treinta y cinco años que volvía á su país después de haber hecho una pequeña fortuna. Sus amigos y él se dieron un adiós rociado con tantos vasos de wiskey que le atacó el *delirium* en la noche y murió. Inmediatamente se le encerró en un ataúd de tablas amarradas unas á otras con gruesas cuerdas y en la misma tarde, hacia la cinco, se le arrojó al mar. Todos lo presenciábamos, rodeando al capitán, quien leía en alta voz versículos de la Biblia. El féretro estaba cubierto con una bandera y estaba colocado sobre el filarete. En un momento dado sonó el clarín, era la hora de retirar la bandera y de tender una cuerda; el fúnebre despojo rodó por las olas, perdido para siempre en las profundísimos abismos, sobre los que blanquea el remolino del paquebot que ya estaba lejos.

Muchas escenas trágicas he visto en mi vida desde la noche de Mayo de 1871 en la que, muy joven, casi niño, me paseaba en la plaza del Pantheon,— que había sido tomado por los soldados Versalleses en la tarde, entre los muertos que tenían todos el cráneo desfondado, hasta la tarde de esta primavera, en Georgia al pié de un cadalso de donde pendía un

condenado, un mulato, con la cuerda enterrada en el cuello. Pero ninguna me ha sacudido con calorío más siniestro que la sumersión de ese féretro en la mar y después la huída pasmosa de nuestro buque seguí su camino, como lo seguirán el tiempo y el mundo cuando nos toque nuestra vez de ser lanzados al abismo de las grandes tinieblas. Solo el *paquebot* sabe á donde va—de una tierra á otra tierra, de uno á otro puerto,—mientras que el tiempo, mientras que el mundo se precipitan con movimiento nunca interrumpido: hacia cuál orilla? hacia qué asilo? El alma de ese desconocido que fué arrojado por encima de á bordo lo sabe yá, "á menos" como lo dijo tan doloridamente uno de los más atormentados de los grandes artistas de nuestro tiempo, "á menos que la muerte tenga aún secretos para revelarnos lo que es la vida!"—Esa frase es el eco en un corazón devastado por la duda de la embriagadora palabra del apóstol: "Si no resucitaran los muertos seríamos los más miserables de los hombres."

Vanas cuestiones, supuesto que no tienen respuesta jamás para el incrédulo y que el creyente ni siquiera formula. Las hago á un lado para volver á lo que constituye la tarea positiva y eficaz del día y del momento, al exámen de conciencia intelectual que me hice, hace nueve meses, sobre el bajel de partida y que me prometí volver hacer sobre el navío de regreso. Qué gérmenes haya sembrado en mí este viaje á América, cuáles sean las profundas modificaciones que el contacto de esta civilización, tan viva, tan diferente de la nuestra, haya impreso sobre mi pensamiento, lo ignoro. Los grandes viajes se asemejan, si puede aplicarse al trabajo sagrado del espíritu tal comparación, á las curas de aguas minerales que califican los médicos como de mucho alcance. Más tar-

de y en pruebas, á veces inesperadas, es cuando reconoce uno en sí mismo la influencia de las impresiones recibidas en el extranjero y olvidadas ya desde hacía mucho tiempo.

Quisiera únicamente,—lo que será, un día cualquiera. el epilogo de mis notas, si llego á publicarlo,—volver á tomar los dos ó tres problemas de orden muy general que me obsesionaban cuando dejé la Europa y saber desde ahora si con respecto á ellos estoy en el mismo punto que en esa época. Hojeando mi diario de camino, veo que iba á Estados Unidos á buscar, sobre todo, esclarecimientos sobre el porvenir que nos reservan estas tres grandes é inevitables potencias que están en vía de reamasar al viejo mundo;—la Democracia, la Ciencia y la idea de la Raza. Veo en efecto funcionar allí una inmensa democracia que ha hecho penetrar el espíritu científico bajo la forma de la industria en el menor detalle de su vida y bajo la forma de la educación en el alma misma de su alma. He visto también vivir unos á lado de otros: á los Negros y á los Blancos, á los Alemanes y á los Irlandeses, á los Chinos y á los Escandinavos, á los Italianos y á los Anglo-Sajones. Y este espectáculo, qué hipótesis me ha hecho formar, por analogía, sobre el porvenir de nuestra propia civilización?

Por analogía? Pero, acaso puede establecer esta analogía? Lo que nosotros entendemos por Democracia tiene por ventura algo de común con la forma social que han inaugurado los americanos en su inmensa República? Si tiene, ateniéndose al vago programa que formulaba Lincoln en estos términos, como ya lo había hecho Napoleón: "Todo para el pueblo y por el pueblo." No tiene, si se considera el espíritu general del país por una parte y por otra las cos-

tumbres que este mismo espíritu está en vía de elaborar.

En Francia, á quien cito escogiendo entre los grandes Estados europeos el que se cree más adelantado en la vía de las reformas, la palabra Democracia significa que todos los poderes del Estado están delegados en los representantes del pueblo, es decir de la mayoría; y que por opresivas é injustas que sean las medidas dictadas por estos representantes, desde el momento en que satisfacen las pasiones del mayor número, las juzgamos, no solo legales, sino democráticas. Concebida de este modo, la Democracia reside en el sacrificio constante del individuo por la comunidad. Ahora bien, precisamente la Democracia americana trabaja en sentido opuesto. Al desarrollo más intenso, más completo del individuo es al que se ha entregado hasta hoy y á la disminución, á la supresión, si posible fuese, de la ingerencia del Estado.

Al llegar á Nueva York, que es lo que más sorprende al extranjero? La energía individual, el espíritu de empresa manifestado por todas partes, visiblemente y sin contradicción. Si, como yo lo hice, se comienza el estudio del país por las altas esferas sociales, por el mundo que recibe y que se divierte, que es lo que le embarga desde luego? La misma energía aplicada á la elegancia social y que impone al visitador europeo la sensación continua de lo "mucho," del abuso, de la exageración. La energía y el robusto desarrollo de la individualidad son aun los que dan la característica de la mujer y de la joven americanas. También por la energía y por la individualidad se distingue el hombre de negocios de este país, y, para luchar contra él, las individualidades más débiles de sus empleados,—de los de abajo, como les he llamado,—no tienen más recurso que asociar-

se; en otros términos, tienen que defenderse por sí mismos sin pedir nada al Estado. Por la energía y por la individualidad se sostienen igualmente los habitantes del rudo y salvaje Oeste, y la energía, la individualidad, es lo que enseñan las escuelas de la parte más refinada del país, la que he nombrado al hablar de la Nueva Inglaterra, fundadas todas, además, por generosidades individuales—ó por generosidades municipales, lo que viene á ser lo mismo. Es tan esencial este carácter que se vuelve á encontrar en los placeres americanos, mezclados de voluntad, de acción, de personalidad, y tan profundo es que resiste á la molición del clima. Se tropieza en el Sur continuamente con el testimonio vivo de igual actividad á la del Norte, que es invencible aun en la veindad de los trópicos.

Al menos, tal es el resumen de la breve inquisición hecha en mi rápido paso al través de esa inmensa República. Concebida y practicada de esa manera, se ve que la Democracia produce, no como entre nosotros una nivelación universal, sino muy al contrario, sorprendentes desigualdades entre los individuos, que forzosamente se devoran unos á los otros. La ley de la concurrencia vital opera allí como en la misma Naturaleza, y hasta tal grado, que, en algunos momentos, esta Democracia produce la impresión de una Aristocracia, y aun iba yo á decir de un fendalismo. El presidente de un gran ferrocarril, el propietario de un gran periódico, el patrón de una gran fábrica tienen en Nueva York, en Chicago y en San Pablo, más poder real que el de un príncipe. Hay solo una diferencia y es que aquí son príncipes que se han hecho á sí propios, y semejante conquista está al alcance de todos con tal de que se tenga la fuerza para conseguirla. *Igual posibilidad social*, tal

es la fórmula de la Democracia en la América. *Igual realidad social*, tal es la fórmula en Europa y particularmente en Francia desde la revolución de 1789. No conozco nada que sea más contradictorio que esto.

Hay una segunda difetencia que no puede establecerse por la analogía entre el Ideal democrático de los Estados Unidos y el nuestro. Los Estados Unidos,—haciendo todas las reservas posibles sobre la agitación socialista de los inmigrantes alemanes,—se ofrecen al viajero como el menos revolucionario de los países, como aquel donde los problemas, relativos á la constitución, están más definitiva y más irreparablemente arreglados. Es una Democracia conservadora, es decir exactamente opuesta á la nuestra. Esto resulta de que ese país ha practicado por instnto la máxima que domina la vida de las naciones como domina la de los individuos. "*res eodem modo conservantur quo generantur.*" "Las cosas se mantienen por las mismas condiciones que les han permitido nacer." Organizándose sobre la energía individual, la América se ha conformado á su ley de origen. Quienes la fundaron? Proscriptos, revolucionarios, aventureros vinieron á esta tierra nueva para formarse en ella una existencia hecha por completo á fuerza de golpes de voluntad. Un pacto social bien detallado para impedir que esas voluntades se convirtiesen en elementos de desórden, bastante amplio y bastante flexible para no mutilar nada en ellas,—he allí bajo una forma abstracta el programa que los doctores en ciencias sociales hubieran aconsejado para este país, y que es también el que por instinto realizó. No ha llegado á la Democracia por el razonamiento, se ha encontrado en ella por verificación. De allí resulta esa especie de marcha desembarazada

en la libertad que es uno de los rasgos más notables de la América y la ausencia de leyes de combate. Por mil señales diferentes se comprende que es un pueblo sin rencillas civiles, y esa vasta cordialidad nacional hasta el mismo Sur ha llegado á despecho de la terrible guerra.

Todos los países construídos de este modo sobre la lógica de sus orígenes tienen la misma profunda unidad y por consiguiente la misma plasticidad cualquiera que sea, por lo demás, la forma de su gobierno. La aristocrática Inglaterra es una prueba de ello. Es esta una lección que podemos recibir nosotros de la Democracia Americana; pero, para practicarla sería necesario que trabajásemos en un sentido enteramente opuesto á aquel por el que marcha desde hace cien años el partido democrático. Deberíamos buscar lo que queda de la vieja Francia y apegarnos á ella con todas nuestras fibras, volver á encontrar la provincia de unidad natural y hereditaria bajo el departamento artificial y fraccionado; la autonomía municipal bajo la centralización administrativa, las universidades locales y fecundas bajo nuestra Universidad oficial y muerta; reconstruir la familia patriarcal por la libertad de testar; proteger el trabajo por el restablecimiento de las corporaciones; volver á la vida religiosa su vigor y su dignidad por la supresión del presupuesto de los cultos y por el derecho de poseer libremente concedido á las asociaciones religiosas; en una palabra: sobre esto, como sobre todo lo demás, deshacer sistemáticamente la obra mortífera de la Revolución Francesa. Este es el consejo que, el observador imparcial tiene que deducir de todas las observaciones hechas en Estados Unidos. Si su Democracia es tan viva y tan fuerte es porque el individuo es allí libre y poderoso enfrente del Esta-

do que se halla reducido á su mínimum de acción. Si ella reúne á todas las voluntades en una inmensa armonía, lo debe á que es verdaderamente nacional. Por haber establecido un régimen en el que el Estado centraliza en sí todas las fuerzas vivas del país y por haber cortado toda liga histórica entre nuestro pasado y nuestro presente es por lo que nuestra Revolución ha secado tan profundamente los manantiales de la vitalidad francesa. Esta crítica no es nueva. Los tres más lúcidos analistas de la Francia contemporánea: Balzac, Le Play y Jaine, partiendo de doctrinas diferentes y usando métodos más diferentes todavía, han llegado á esa misma conclusión. No deja de tener interés hacer constar que esta es la conclusión que se saca de un viaje al país citado con más frecuencia por los partidarios de esa Revolución.

He pues aprendido en América á traducir la palabra Democracia en realidades completamente contrarias á las que representa en Europa, y por consiguiente á tenerle menos miedo. Pues desde el momento en que la Democracia puede conciliarse con el más intenso desarrollo de la individualidad y con el más personal, todas las objeciones dirigidas contra esta forma de civilización caen á la vez. A nosotros toca dirigirla en este sentido por todos los medios que estén á nuestro alcance.

Allí también aprendí á reconocer el beneficio social de la Ciencia. Es un lugar común entre nosotros y al que por mi parte también me he adherido con frecuencia, que en ella se oculta un principio de nihilismo que la hace incompatible con las elevadas necesidades del corazón humano. Aun aquellos mis-

mos que no llegan hasta condenarla de ese modo en nombre del Ideal, persisten en creer que es una mala educadora del pueblo. La estiman como causa de muchos de los males morales del momento actual, por la intoxicación que sus resultados mal comprendidos infligen á los cerebros mal preparados. Se reuniría una biblioteca si se compilase en volúmenes las páginas en que han sido formuladas y comentadas esas objeciones desde hace veinte años. Se ha llegado hasta proclamar la bancarrota de esa ciencia que excitaba hace cuarenta años, tantos entusiasmos entre sus devotos, los Renan, los Flaine, los Flaubert. El entusiasmo de esos grandes letrados por los resultados futuros de los métodos positivos no estaba enteramente justificado. La reacción de hoy no lo está tampoco.

Una visita á Estados Unidos donde estos métodos han penetrado más constante y más poderosamente los menores detalles de la vida, coloca las cosas en su verdadero punto. Allí se reconoce desde luego cuán calumniosas son las afirmaciones de nuestros moralistas sobre el nihilismo substancial de la Ciencia, puesto que allá vive codo con codo con el Cristianismo más ferviente—la prueba es toda nueva Inglaterra,—y ni el Cristianismo estorba el desarrollo científico, ni este desarrollo la fé cristiana. En un ensayo consagrado á un célebre artículo de M. Faine sobre la Iglesia en Francia, uno de los más esclarecidos entre los apologistas modernos, el señor abate de Broglie lo notaba con mucha exactitud: la palabra Ciencia, significa, entre nosotros, desde hace mucho tiempo, dos órdenes de ideas muy distintas: por una parte un grupo de nociones positivas adquiridas por el procedimiento experimental, y por otra, hipótesis de metafísica pura construidas sobre

estas nociones. En realidad, el grupo de nociones positivas es el que constituye únicamente la verdadera ciencia.

El espíritu americano, con su lucidez distributiva, parece que vió esto desde el primer día, supuesto que la vida religiosa y la vida científica han crecido en él, sin chocarse y como paralelamente. Sus escuelas y sus universidades han demostrado de este modo, como si se tratase de una lección de cosas, la exactitud de la teoría sentada por Herbert Spencer al comienzo de sus *Primeros principios*: la posible reconciliación de la Religión y de la Ciencia por el Agnosticismo. Teniendo la primera por objeto, lo Inconocible, es decir, por definición, el dominio de la investigación que se escapa á la Ciencia, basta no mezclar los dos imperios para que estas dos potencias, igualmente necesarias para el alma humana, funcionen una á lado de la otra y sin alcanzarse (1) Este acuerdo que ha logrado la América, podemos, debemos alcanzarlo nosotros á nuestro turno, y esta es una de las tareas y que convida con su ejemplo á los mejores de nosotros. Nos demuestra también, esa tierra de todas las iniciativas, que esa misma Ciencia, en contra de las preocupaciones á que aludía yo hace un momento, es una excelente educadora de las clases inferiores. Pero con la condición de que se la tome realmente como una educadora, es decir, que se dirija á la voluntad á través del pensamiento. Los Americanos no han obtenido la vitalidad de su civilización sino sometiéndose á esa regla. Toda cultu-

(1) Esta conclusión de *Ultramar*, estaba escrita mucho antes de que apareciera el bello artículo de M. Brunetière. Esta coincidencia prueba que ciertas ideas están verdaderamente en la atmósfera de la época.

ra se duplica en sus escuelas con una actividad correspondiente; todo conocimiento va á dar á la práctica, y la más científica de las enseñanzas, comprendida de este modo, no produce ni inútiles ni revoltosos.

Sobre un solo punto mi vista á Estados Unidos no ha modificado mis ideas, quiero hablar de la visión que llevaba de aquí sobre el antagonismo irreconciliable de las Razas. Había dejado á mis espaldas una Europa toda desgarradora, aún en la paz, por ese antagonismo. Y encontré que el Nuevo-Mundo tampoco escapaba á él. Cuando se procura adivinar el porvenir de la América, siempre, como para el de Europa, es hacia el lado de las razas hacia donde se acaba por mirar. Si algún día estalla un conflicto entre el Oeste y el Este—y algunas ocasiones parecen anunciarlo multitud de señales,—el verdadero origen estará allí, en ese aflujo de elementos de raza germánica y escandinava, tan abundante que esa civilización de origen anglo-sajón no consigue asimilárselos. Esto sin embargo es solo una hipótesis y la mayoría de los Americanos se rehusan aún á discutirla, tal confianza tienen en el método empleado por su República para la reducción de esas diferencias de razas.

Este método es muy sencillo y muy conforme al profundo respeto del individualismo sobre que se funda toda su democracia. Consiste en multiplicar indefinidamente los centros de la actividad local y por consiguiente en descomponer sin cesar, en acciones de detalle, fuerzas que reunidas en haz serían poderosísimas. Es de notarse, en efecto, que las tur-

baciones tan graves que ha tenido que sufrir la América en estos últimos años provienen precisamente de asociaciones muy centralizadas y construídas en contra de la tradición individualista. Ciertamente, la Europa no puede, atada como está por las necesidades históricas, tomar este método y romper la unidad de las grandes patrias que la constituyen. Sin embargo de este ejemplo, se desprenden dos indicaciones: una es la que se relaciona con la política interior. Por el ejemplo, de Estados Unidos podemos reconocer cuán peligrosa es la facilidad de naturalización y cuan arreglada debería estar de manera que no falsease la conciencia nacional con un aflujo demasiado intenso de elementos extranjeros. La otra indicación se refiere á la política general. Comprendemos la urgencia de volver á la teoría de los pequeños Estados independientes reemplazados, ay! por la de las nacionalidades, que aplicada sistemáticamente al siguiente día del primer Imperio, nos aseguró tantos años de tan fecunda paz. La solución del problema de las razas reside allí, en una buena ley de naturalización por una parte y por otra en una geografía retocada y que sin contrariar las tendencias hereditarias les desmembre su campo de actividad. Cuando se resuelva la crisis del militarismo agudo que nos impone la más brutal y la más torpe de las anexiones, esta teoría deberá imponerse por sí misma á los que organicen la nueva carta del viejo mundo. Será el primer paso que se dé hacia lo que fué el sueño del rey Enrique IV, y que sigue siendo el ideal de los verdaderos civilizados,—ideal conciliable con todas las formas de gobierno y con todas las tradiciones interiores: los Estados Unidos de Europa.

..... Han transcurrido veinticuatro horas desde que me entretuve en detallar algunas de las salidas advertencias que el Nuevo Mundo puede hacer al Antiguo. Bastante he repetido en el curso de mi diario los defectos que me han chocado en el Nuevo Mundo;—su incoherencia y su precipitación, la brutalidad de las calles de las grandes ciudades, la exageración de su vida mundana, y su falta de equilibrio, de medida, de gusto, la tensión enteramente artificial de su cultura que dá á sus mujeres, como á sus flores, la apariencia de plantas de invernadero, la especie de abuso de la energía que comunica algo de ferocidad á la competencia de sus banqueros y que reduce á los vencidos, á los de abajo, á un cruelísimo extremo de desgracia, la corrupción de sus policías, de sus magistrados y de sus hombres políticos, y ese no sé qué de fabricado, que el exceso de la conciencia mezcla allí en la educación y la ausencia de abandono y de indiferencia en sus placeres. Pero qué! Todos los defectos de esta sociedad se resumen en esto: que ha prescindido del tiempo. El trasplante súbito de los más enérgicos y de los más desgraciados hijos de la Europa á esta tierra nueva, ha producido una germinación muy rápida. Pero, ¿á qué conduciría emprender nuevamente estas críticas? Mientras más adelante, comprendo mejor la precisión admirable de la frase de Goethe:

—“Cuando no se habla de las cosas con parcialidad llena de amor, lo que se dice no vale la pena de ser referido.”

Y en el momento de asentar la planta sobre la tierra de Europa, digo adiós á la América con una emoción llena de gratitud,—de gratitud, porque fué para mí calurosa y generosamente hospitalaria,—de gratitud, porque allí recibí preciosas é incompara-

bles enseñanzas,—de gratitud, porque senti que allí se ama á la Francia,—de gratitud, por último, porque existe y porque su sola existencia representa para el porvenir de la civilización una posibilidad inmensa.

... En esta última tarde y á algunas horas distantes de Liverpool, todas estas ideas en que se resumen mis largos meses de destierro, me conmueven más profundamente aun. Hacia las cinco y á causa de una brisa floja é incierta, que se levantó, los contornos de la costa comenzaron á fundirse y á desvanecerse. Veía nada más el agua muerta y verde, de un color verde en el que había algo de la esmeralda y de la leche. Sobre el agua corría el temblor de una ténue dislaceración á medida que avanzaba el paquebot. Al ras del cielo corría una amplia franja color malva, sobre este color malva se veía el nacimiento de un arco-iris, base de un puente de luz que se ignora hácia donde se abalanza. El sol que se ponía extendía sus rayos sobre la superficie de las aguas. Hería directamente á un barco señal pintado de rojo que parecía de llamas; á la vez se acercaba un velero que se dibujaba por completo de negro y tanto que parecía una barca de duelo, con andar delicado y apaciblemente fúnebre. Era un paisaje soñado tal y como los que se encuentran en el mar de Irlanda. Un paisaje propio para mirar los pies del Salvador, del amigo celestial andando hacia nosotros, pobres seres, á quienes la belleza de tales noches penetra á la vez y sofoca el corazón. Me volví y ví del otro lado al sol que iba á morir. Estaba rojo, con un rojo de sangre derramada y circuido de negro, con el negro de la noche que le oprimía, que lo devoraba sin que ella se iluminase. Sobre él se extendía una raya espectral. Después disminuyó, hasta no ser

ya, en esta negrura del cielo, que pesaba sobre un mar que ahora era moreno rojizo, sino un punto de púrpura que se apagaba. Y luego no se vió más que la llegada de las tinieblas! Y así es también lo que se imagina algunas veces por la época de guerras amenazadoras y de revolución en que estamos,—como otras tinieblas pasarán devorando, ahogando el puntito de luz que llamamos la civilización. . . .

Y hé aquí que me puse á reconstruir en mi pensamiento el camino que acababa de andar el paquebot en el Océano. Me decía á mí mismo que allá abajo y á esta misma hora este sol estaba en lo alto del cielo, á mitad de su carrera alumbrando ciudades y campos, un universo entero. El puerto de Nueva York y su actividad se me representaban, y luego sus avenidas y la multitud de sus transeuntes; como en un relámpago ví á Boston, á Filadelfia, á Baltimore, á Buffalo, Detroit, Chicago, San Pablo, Minneapolis y tantas otras ciudades donde apenas me he detenido el tiempo indispensable para poder traducir sus nombres en imágenes exactas. Y la sensación de que ese otro mundo existe al lado del nuestro, de que la humanidad tiene allí un colosal campo de experiencia, donde proseguir su obra, me llenaba de una especie de exaltación misteriosa, como si un acto de fé en la voluntad humana, se realizase en mi interior y casi á pesar mío y abría todo mi corazón al gran soplo de esperanza y de ánimo venido de Ultramar.

FIN.

